

Capítulo 7 - Luces pálidas

- Capítulo 7 - Luces pálidas

Capítulo 7 - Luces pálidas

Adarsh Hebbar era ágil sobre sus pies y no tan descuidado como parecía.

Tampoco tenía la intención de regresar por la Calle del Albergue, si la dirección que tomó directo hacia los santuarios en ruinas detrás del Antiguo Teatro era confiable. Tristan tuvo que esperar y dejarlo avanzar, ya que las escaleras de regreso a la calle eran terreno abierto con poca sombra donde ocultarse, pero se apresuró a seguir al Varavedan en cuanto perdió su línea de visión.

Los santuarios eran más escombros que ruinas, pero aún había entre columnas y techos parcialmente conservados suficientes lugares donde moverse de cobertura en cobertura. Adarsh, constantemente mirando hacia atrás para ver si lo seguían —aunque nunca en los lugares adecuados, siempre en el claro en lugar de las esquinas— entró apresuradamente en una hilera de casas colapsadas. Un error. Los edificios solo sirven para despistar a los perseguidores cuando uno conoce todas las entradas y salidas; una fila de escombros con más viento que paredes no le sería de ayuda en lo más mínimo.

Tristan atravesó una pared derruida para alcanzarlo, manteniéndose cerca mientras se deslizaban en silencio entre los restos. Lo bastante cerca como para, cuando las luces plateadas del Orrery se deslizaron hacia adelante, ver la tensión en la cara del hombre con gafas, esas cejas gruesas fracturándose en una expresión de medio pestañeo constante. ¿Sabía que lo estaban siguiendo? Tristan no pensaba que lo hubieran visto, pero un contrato podría no preocuparse por eso.

Este lugar no iba a ser amable con él, eso ya podía verlo claramente. Cualquier persona aquí podía tener un contrato, lo que complicaba mucho las situaciones a evaluar.

Adarsh parecía tener alguna idea de hacia dónde se dirigía, dejando atrás las casas en ruinas para adentrarse en un callejón estrecho que conducía a una plaza del pueblo. Una opción mejor que las casas, pues el callejón era tan angosto que sería casi imposible esconderse allí. De seguro, el Varavedan confiaba en ello, ya que se detuvo en medio del camino para esperar a ver si alguien lo seguía.

Tristan pronto descartó esa idea, optando por rodear por una calle más ancha a la izquierda, repleta de estatuas rotas, acelerando el paso hacia la plaza del pueblo. El lugar no era tan grande como parecía, porque en su centro, donde alguna vez hubo unos pocos árboles alrededor de un pilar, ahora solo quedaba un matorral denso entre escombros.

Decidió que los árboles serían un buen sitio para tender una emboscada, y encontró una raíz alta que dominaba el camino más fácil hacia el oeste. Ocultándose allí, esperó y eventualmente se encontró con la visión de nada. Adarsh no venía. ¿Le había jugado una mala pasada, atrayéndolo para que diera vueltas antes de volver hacia el Antiguo Teatro? Si era así, el ladrón no pudo evitar sentirse algo impresionado.

Se acercó al extremo del estrecho callejón, arriesgándose a lanzar una mirada, y encontró una silueta allá adentro —afortunadamente mirando en dirección opuesta. Ah, Adarsh no había desaparecido; todavía intentaba poner a prueba a su perseguidor. Si había un contrato en juego, seguramente no era muy preciso. Aprovechando la oportunidad, Tristan trasladó su puesto de emboscada a un antiguo local a la izquierda del extremo del callejón.

Allí había una ventana grande, y por las marcas en el piedra debajo parecía que en su día hubo un mostrador de madera encastrado. Ya no, pero la ventana serviría para vigilar los movimientos de Adarsh, y la puerta del local probablemente llevaría a Tristan justo detrás de él. El ladrón se acomodó para esperar, aunque no hizo falta: en apenas unos latidos, escuchó pasos apresurados en el callejón.

El Varavedan no salió, sin embargo. En cambio, se detuvo en el borde izquierdo de la vitrina, a menos de dos pies de donde Tristan aguardaba. El ladrón miró casi directo a Adarsh y permaneció inmóvil como una piedra para que cualquier movimiento no llamara su atención. El hombre tostado se apoyó contra la pared, con alivio reflejado claramente en su rostro. Se quitó sus gafas y levantó el dobladillo de su manto, limpiándolas con el paño.

Fue entonces cuando Tristan atravesó la ventana, agarrándole del cuello yarrastrándolo hacia adentro, hasta los hombros. Antes de que Adarsh pudiera siquiera gritar, una navaja pressionaba su garganta.

“Esto no tiene por qué volverse violento,” dijo Tristan, apretando más su agarre. “Solo necesitas responder a mis preguntas.”

Forzó al Varavedan a doblarse en un ángulo incómodo, tal como le enseñó la Abuela—Adarsh tenía menos de una pulgada de diferencia, era fácil—no tanto como para doler, pero suficiente para que al otro hombre le fuera difícil encontrar estabilidad para luchar contra él. El Varavedan tragó con dificultad.

“Bhosdike,” maldijo el hombre. “No sé quién eres, pero esto es un error—”

“Tu nombre es Adarsh Hebbar,” interrumpió Tristan. “Has estado tomando notas sobre quién habla con Ferranda Villazur y Angharad Tredegar. ¿Por qué?”

El hombre se desplomó, como si la pelea hubiera sido brutalmente agotada de él.

“Señuelo,” afirmó, y por un momento el ladrón se tensó, luego se relajó ante lo que siguió. “Llámenme Solo, ese será mi nombre de ahora en adelante.”

La amargura en su voz fue el detalle que permitió a Tristan entenderlo todo al fin. La terrible habilidad del hombre como espía, las personas sobre las que había estado escribiendo y ahora el apodo burlón impuesto:

“Eres de Tupoc Xical,” acusó el ladrón. “Cuarta Brigada.”

“Con ese término, se exagera,” replicó Solo. “¿Puedo ponerme mis gafas? No quiero que se me caigan, son muy caras.”

“No,” rechazó Tristan. “Sería más difícil cegarte.”

El hombre tembló.

“Le dije que no, lo sabes,” gimió la Someshwari. “Soy un Sabio, no hacemos reconocimiento. Eso lo dejan para los Máscaras y los Militares.”

“Y luego él te golpeó,” dijo Tristan, esforzándose en no divertirse demasiado.

Un esfuerzo valiente, pero condenado al fracaso.

“Ya no lo hace él mismo,” lamentó Solo. “Ahora lo hace Expendable, ella está en la siguiente posición en la cadena.”

“Pregunta por los nombres,” exigió Fortuna, de repente acurrucada junto a él y más allá del alféizar, observando a su prisionero. “Tristan, no te atrevas a no preguntar por los nombres.”

El ladrón sabía que había cuestiones más importantes. En verdad. Aún así.

“Explica esos nombres,” ordenó.

“Xical dice que es para mantenernos motivados,” suspiró Solo. “Luchamos cada mes y el que mejor lo hace puede usar su nombre real, mientras los demás usaremos un seudónimo.”

Cuando indagó más a fondo, Trista aprendió que Solo había quedado en segundo lugar, después de una Navegante llamada Alejandra. Estaba por encima del nombrado ‘Expendable’, quien a su vez se encontraba en un nivel superior al aún más desafortunado ‘Pérdida Aceptable’. Aparentemente, Tupoc había negociado algún tipo de acuerdo con Lady Cressida, de la Nineteenth, para ingresar a la vieja Casa de Juegos, con instrucciones de hacer creer que no pertenecía a ninguna brigada.

A pesar de que la incapacidad general de Xical para abstenerse de ser terrible cuando se dirigía a otros era algo entretenido, había algo fuera de lugar aquí. Esto no era el Dominio, no debían existir almas tan desesperadas que Tupoc sintiera que eso fuera una buena idea.

“¿Por qué te empeñas en quedarte con él?” preguntó Tristan. “No puedes ser obligado a formar parte de una camarilla.”

“¿Crees que me quedaría si tuviera otra opción?” dijo Bait. “Es él o seguir con los de repuesto.”

“Y la falta de alternativas proviene de...”

Bait hizo una mueca de disgusto.

“Mi padre fue coronel en los Doce Cien Insoportables Asesinos,” explicó. “Solo que fue, eh, descubierto usurpando fondos de la compañía y vendiendo información clandestinamente.”

Una compañía de la Guardia, dedujo Tristan, probablemente en alguna parte del Imperial Someshwar.

“¿Y qué te hace ser un paria?” preguntó el ladrón.

“Él lo vendía a la Rana de Kuril, para que pudiera ofertar por debajo en los contratos,” comentó Bait. “La compañía no miró con buenos ojos eso; lo colgaron y desmembraron, y expulsaron a mi familia. Yo ya me dirigía a Scholomance cuando ocurrió, así que pensé que habían decidido salvarme, pero no. Enviaron aviso a Tolomontera: no hay ningún estudiante aquí con familiares en la oscuridad que no sepa qué hizo mi padre.”

Casi estremeció Tristan. La Guardia era como una tribu, tolerando discordias internas pero castigando con dureza cualquier complot con foráneos. Esto olía a un pozo completamente envenenado.

“¿Y un hombre que te llama Bait es mejor que intentar una camarilla de repuesto?”

“Bueno,” contestó lentamente Bait, “él es un Stripe.”

“Soy consciente de esa decisión desastrosa,” dijo Tristan, “pero ¿por qué te importaría a ti?”

“Los académicos pueden obtener ventajas para su camarilla como parte de su clase de pacto,” explicó el hombre con gafas. “Lo suficiente para obtener una ventaja real. Me advirtieron que, cuando llegue la prueba anual, o estás en un Stripe o eres carne de cañón.”

¿Ventajas para la camarilla,? Eso sonaba a alguien manejando un juego para Tristan. Sin duda, habría precios por los favores, las desventajas. Parecía una forma de que los candidatos a oficiales amansaran su camarilla, acostumbraran a las bestias a mirar hacia arriba, a quien les alimenta con la mano. Por qué los Stripes querrían esto era fácil de imaginar, pero ¿por qué aceptaron las otras camarillas?

“Información útil,” observó Tristan. “Gracias.”

“¿Y eso qué me ayuda? Tú tomaste mis notas, así que pronto seré el nuevo Descartado,” suspiró Bait. “El capitán Tupoc no perdona los errores.”

El ladrón sonrió, aunque el otro no podía verlo.

“Vamos, Bait, no hay necesidad de estar tan decaído,” dijo Tristan. “Puedo notar que somos almas gemelas, tú y yo.”

Una pausa.

“Sí,” intentó Bait, aunque sonó más como una pregunta.

“Por supuesto, te devolveré tus notas,” dijo el ladrón. “¿No somos amigos? Me gusta ayudar a mis amigos.”

Bait se giró en la medida en que podía para mirarlo, aunque no mucho.

“¿Podrías,” dijo con esperanza, “quitar tu cuchillo de mi garganta, amigo?”

“No,” respondió Tristan.

Hizo una pausa.

“Bait, en nombre de nuestra amistad larga y sincera, te pediré un pequeño favor.”

“Oh no,” gimió el hombre.

“Esa página donde anotaste con quién hablaba Angharad Tredegar,” dijo Tristan, “la eliminarás cuidadosamente y la reemplazarás por una lista que no mencione a la capitana Imani Langa.”

El Varavedano frunció el ceño.

“¿Por qué?”

Porque ella era la más peligrosa de todas y quería que Tupoc Xical no estuviera cerca de alguien que representara una amenaza genuina para la Decimotercera.

“Realmente no somos ese tipo de amigos, Bait,” recriminó el ladrón, golpeando con la hoja de su cuchillo la cavidad de la garganta del hombre. “Inténtalo de nuevo.”

“Eso prácticamente está hecho,” logró balbucear Bait.

“Qué alegría oír eso,” sonrió Tristan con brillo en los ojos. “No creo que sea necesario que ninguno de los dos mencionemos esta conversación a Tupoc, ¿verdad?”

“Jamás,” afirmó con fervor el Varavedan.

“Tu amistad es un consuelo en estos tiempos difíciles, Bait,” dijo el ladrón. “Tan grande que creo que en los próximos días quizás vuelva a buscarte para tener estas conversaciones reconfortantes.”

“Por favor, no me hagas ser espía,” suplicó Bait desesperado. “Soy muy malo en eso.”

Tristan suspiró, como si esa hubiera sido su verdadera intención. Como si Tupoc no detectara al hombre antes de que terminara la hora — solo con el sudor nervioso, si no con otra cosa. Bait casi parecía haberse mojado bajo la lluvia.

“Está bien,” dijo él. “Pero quizás tenga algunas preguntas académicas para hacerle a un Sabio, en ocasiones. Confío en que puedas ayudarme con eso, ¿verdad?”

“Será un placer,” respondió Bait apresurado.

Tristan sospechaba firmemente que esa afirmación no resistiría la pregunta de qué era un hereje. Aun así, ahora que había utilizado abundantemente el palo, debería ofrecer algo de miel.

“Cuando tengamos estas pequeñas charlas,” dijo Tristan, “sería natural que, como tu amigo, compartiera contigo cosas: rumores, secretos. Quizás incluso pueda conseguirte información, si Tupoc te encomienda obtenerla.”

“Eso podría ser útil,” admitió Bait, sonriendo complacido.

“Lo será,” respondió el ladrón.

Así se mantiene a la gente interesada, ofreciéndoles lo que desean. Es probable que Tupoc detecte o no esta estrategia, pero incluso si lo hace, eso podría tener alguna utilidad.

“Estoy a punto de soltarte, Bait,” anunció Tristan. “Pero antes, debo informarte de la última mala noticia: voy a necesitar tu capa.”

El hombre parpadeó confuso.

“¿Por qué?”

“Porque tiene capucho,” le informó el ladrón, “y tú tienes aproximadamente su estatura.”

--

Con Bait liberado y una nueva capa guardada, Tristan decidió dar por concluida la noche. No era conveniente permanecer demasiado tiempo en este lugar. Aún no había visto lemures ni incluso lares, pero solo era cuestión de tiempo.

Era más sencillo dirigirse directamente hacia el sur, en dirección a la Calle del Albergue, que volver por el camino, así que Tristan salió a las calles bajo las extrañas luces del Gran Orrión. La plata de antes se había vuelto pálida, casi como el resplandor de una linterna, pero por la forma en que las sombras se desplazaban entre los muros, lo falso estrellado que había arriba parecía apuntar hacia el este. Ningún otro rayo de luz parecía cercano, así que el ladrón supuso que había una sombra de oscuridad en el camino de regreso. Esa expectativa lo mantenía alerta, suficiente para notarlo.

La primera vez que vio movimiento en los tejados pudo ser casualidad, pero no la segunda.

Tristan estaba dispuesto a explorar esa ciudad laberíntica y no se privaría de agradecer a un alma que destacaba en lo alto de una cúpula colapsada por tener una mejor vista del entorno, pero cuando alguien lanzaba un vistazo hacia un callejón para ver si estabas allí y luego se escondía precipitadamente al notar que algo resultaba sospechoso, entonces no era casualidad.

“Alguien está en problemas,” canturreó Fortuna.

“Revisa el tejado,” susurró, presionándose contra la pared.

El ladrón había tomado el camino más directo de regreso a la Calle del Hostal, pasando por un canal que había quedado seco hace mucho tiempo y ahora atravesando un grupo de callejones estrechos que le recordaban a la Murk, pero parecía que eso había sido un error. Era previsible, y lo previsible siempre era lo peor cuando hay personas dispuestas a atraparte. Debería haberlo recordado. La cabeza de Fortuna asomó por la pared a un centímetro de su rostro, sonriendo.

Ugh. Nunca se acostumbraría a eso.

“Saltaron abajo, pero escuché gente hablando en la calle del otro lado,” le dijo ella. “Al menos tres.”

Mejor asumir lo peor y pensar que toda una banda de siete personas lo persigue, entonces. Podría ser más de un grupo allí afuera, admitámoslo, pero Tristan se inclinaba a creer que, dada su ventaja en número, no estarían dispuestos a dividir la recompensa en su cabeza con otra banda. El hombre de ojos grises exhaló, apartando los primeros indicios de miedo. Si iba a ser perseguido, sería mejor que fuera en los callejones. Conocía ese tipo de campo de batalla.

“Oh, acabo de darme cuenta,” soltó Fortuna riendo. “Un laberinto de calles. ¿Rata? Eres como una—”

“Ni se te ocurra,” susurró Tristan con voz cortante.

“—rata en un laberinto!” terminó ella con orgullo.

Tendría que preguntarle a Bait sobre la viabilidad de cambiar al dios por otro. Molesto y con la rabia aún latente, el ladrón empezó a actuar. Primero, era mejor alejarse de la calle para no ser conducido a callejones sin salida por números superiores. Podría arriesgarse con matones de la banda, pero no con los estudiantes de Scholomance. Un vistazo a un lado reveló que había una ventana redonda en la pared contra la que se había apoyado—que Fortuna no había usado deliberadamente—y él trepó hacia ella.

Un arco medio colapsado se curvaba sobre el callejón, justo fuera de su alcance, pero logró sortearlo apoyando el pie en una jambadura ligeramente saliente y lanzándose contra el arco. Sus dedos rasguñaron los ladrillos ásperos y gastados, pero con un gruñido se haló a sí mismo hasta la cima del arco. Desde allí solo fue una pequeña escalada hasta el techo plano, donde acababa de ser espiado, ahora desierto salvo por las malezas que crecían en él. Gracias a los dioses que no llevaba el uniforme formal con esas botas brillantes y resbaladizas; ahora mismo estaría en el suelo gimoteando si las tuviera puestas.

Tristan avanzó sigilosamente hacia el otro extremo del tejado, donde Fortuna había dicho que escuchaba voces, pero cuando se arriesgó a mirar por el borde, el callejón estaba vacío—no así la calle que pasaba justo después de la esquina, donde vio a alguien moverse. Observando el tejado del otro lado del callejón, una de esas superficies de ladrillos planos agrietada por las malezas, el ladrón decidió arriesgar un salto. Dado lo estrecho del callejón, el riesgo no venía tanto del salto en sí, sino del aterrizaje: piedra o no, no podía saberse qué tan sólido era ese techo.

Con la capa ondeando tras él, aterrizó en los ladrillos con una misericordiosa ausencia de colapso inmediato bajo su peso. Sin perder tiempo, avanzó lentamente hacia el borde, ahora con un mejor ángulo para observar a las personas más allá de la esquina. Contó tres. Uno era el alto Tianxi de antes, el capitán Tengfei de la Cuadragésimo Novena Brigada. Entonces, ese fue su destino tras alejarse sigilosamente.

Acompañando a Tengfei estaban otros dos: otro Tianxi con rostro rechoncho, que caminaba nervioso, y la chica rubia de Lierganen con una cicatriz en la nariz y una expresión dura. Susurraban, pero lo suficientemente alto como para que Tristan pudiera entender la mayor parte de las palabras.

—No lo veas—decía la mujer—. Hay demasiados callejones para esconderse por aquí. Deberíamos haber esperado en Los Mangles.

—Él habría huido de regreso hacia aquí—gruñó el capitán Tengfei. —Lo tenemos rodeado, Ramona. Muchen vendrá desde atrás y—

Cuatro, contó Tristan. Cuatro confirmados. Aunque temptedo a seguir huyendo por los tejados, primero quería saber si tenían alguna forma de rastrearlo. Esos Mangles—el nombre para el gran campo de santuarios rotos y con hierbas crecidas entre aquí y la Casa del Teatro, suponía—parecían un lugar peligroso para atraparlo. El capitán y la muchacha de Lierganen tenían mosquetes y espadas, y la nerviosa un pistol.

Cualquiera de esos podía acabar con él en un instante si lo encontraban al aire libre.

Una chispa de movimiento lo sacó de su concentración. No allá abajo, sino más cerca de casa. Otro tejado, al lado del que había subido primero desde otro lado—algunos estaban trepando por el borde, envueltos en capa negra. Manteniendo la calma, Tristan buscó un lugar para esconderse. El borde del tejado era demasiado bajo para cubrirlo por completo, pero a su derecha, un montón de maleza crecía lo suficientemente alto para que pudiera acostarse detrás de ella. A menos que las luces del Orrery cruzaran directamente, tendría difícil ser visto.

Él mismo no podía ver mucho en esa posición, pero había una forma de arreglarlo.

—Es la misma que se tiró antes—dijo Fortuna—. Ella mira hacia abajo en el mismo callejón, pero desde el otro lado.

Tristan asintió discretamente. Se escuchó una maldición en Umoya a lo lejos.

—Se ha ido—dijo una mujer.

—No puede ser, lo hemos acorralado—respondió el Capitán Tengfei—. Está escondido en una casa. Huang, confírmalo.

Por la procedencia de la voz, parecía ser el nervioso muchacho Tianxi quien respondía.

—No me queda mucho para esta noche—dijo Huang—¿Estás seguro de que—?

—Hazlo—gruñó Tengfei.

Un suspiro y un momento de silencio.

—No hacia el norte—dijo Huang, y esperó otro instante—.No al oeste. Solo quedan cuatro usos.

Era un contrato que confirmaba si alguien—¿algo?—estaba en una dirección o no, supuso Tristan. O algo similar. Si lograba que usaran esos últimos 'usos', esperarles sería una estrategia completamente viable para deshacerse de ellos. No podían permitirse pasar la noche aquí más que él.

—Haré que Muchen recorra las casas—dijo Ramona—. Ustedes dos, vigilen los lados para evitar que se escapen.

—Yo doy las órdenes aquí, Ramona—respondió tajantemente el Capitán Tengfei—. Podemos ser ambos de la Brigada de las Rayas, pero solo uno manda.

—Ten cuidado, Teng—advirtió ella—. Nos conseguiste la recompensa y eso te valió el asiento. Pero no significa que debas mantenerte en él.

Si esa era la competencia, Tristan comenzaba a sentir una confianza renovada en la Brigada Trece, por horrible que fuera el número. Esperó hasta escuchar movimiento, el comienzo de la búsqueda por parte del Cuarenta y Nueve, y luego dirigió una mirada interrogante hacia Fortuna.

—Ella aún está en el tejado—confirmó la Señora de las Probabilidades Altas—. Pero, en cuanto a ti, está mirando hacia los otros callejones.

No había tiempo que perder, entonces. Tristan se levantó con soltura del escondite entre la maleza, dio un paso lateral y luego dos pasos hacia atrás. La mujer que había lanzado la maldición—Malani, pudo ver en su piel oscura, incluso en esta penumbra—tenía la espalda vuelta hacia él. Estaba estudiando la calle que había usado para llegar al callejón en el que lo había encontrado primero, mirando fijamente una casa colapsada llena de arbustos. Tristan saltó al tejado vecino, amortiguando sus pasos como le había enseñado Abuela, y mientras avanzaba al siguiente, fue sacando lentamente su macabro tabla de juego.

Ocho largos y silenciosos pasos mientras giraba hacia la derecha, y luego el ladrón saltó de nuevo, sobre el tejado donde se encontraba su enemigo. Tras cruzar en un parpadeo, esperó, vigilando una reacción, pero ella no había oído nada. En cambio, la mujer se agachó en el filo del tejado, entrecerrando los ojos hacia un arbusto que se movía por la ligera brisa. Tristan se acercó con cautela, procurando no hacer ningún ruido, y entonces golpeó.

El madero le impactó en la sien derecha, dejándola inconsciente con un leve golpe, y Tristan deslizó un brazo alrededor de su cintura para evitar que cayera por el borde. Fue más difícil de lo que imaginaba: su capa disimulaba que era de complexión robusta, pero la acostó en el tejado, calmando su respiración mientras esperaba un grito desde las calles de abajo. No llegó ninguno. No lo habían visto. Bien, entonces podía rebuscar entre sus pertenencias.

Revisar sus objetos le proporcionó siete arboles de plata, un buen cuchillo, un pistón cargado de la Policía con munición para cinco disparos y un paquete de fósforos cuya utilidad solo comprendió después de descubrir que había algo en el bolsillo interior de su capa. Una granada de hierro fundido, redonda. Podía ser útil, decidió, guardándola junto a las demás cosas, salvo el cuchillo. Ese lo usó, apartando su madero y colocando a la desconocida de espaldas, asegurándose de que aún pudiera respirar, levantando con cuidado su capa para descubrir sus piernas.

Le quitó la bota derecha, revelando un calcetín amarillo desgastado que también retiró. Tristan se inclinó, tomó su cuchillo y rasgó bruscamente la parte de atrás de su talón. Rápido y profundo, para cortar completamente el tendón. La mujer se removi6, sintiendo el dolor incluso en el estado de inconsciencia, pero no lo suficiente para despertarla. Sin embargo, fue suficiente para asegurarse de que nunca volvería a caminar con esa pierna, si el tendón no sanaba.

Era tentador simplemente acabar con su vida para que no le molestara más, pero los riesgos eran demasiado altos para la pequeña ganancia. Dejó caer su cuchillo sobre su espalda, y Tristan ocultó su pistola en la manga, alejándose sigilosamente. Dispararle en la espalda al hombre con el contrato debería ser suficiente para que pudiera huir, pensó; aunque tendría que esperar el momento oportuno. Lo mejor sería abandonar ese tejado en primer lugar, ya había permanecido demasiado tiempo allí.

Una franja de luz dorada del Orrery atravesó las calles entre callejones, proyectada por alguna estrella lejana, y Tristan se agachó, reprimiendo un juramento. Mientras la luz permaneciera, sería mucho más visible; incluso podría estar ya en desventaja. La mitad de un cuerpo humano pendía sobre el borde del tejado, y el ladrón no habría sabido nada si no hubiera mirado, porque no se oyó ningún sonido. Sus ojos oscuros se cruzaron con los de aquel ágil Tianxi — no uno de los dos anteriores, debía ser 'Muchen' — sosteniendo una espada desnuda entre los dientes para tener las manos libres.

Por supuesto, Tristan le disparó.

Había apuntado a su hombro derecho, y el cañón retrocedió al armarse la pólvora, pero la bala se deslizó hacia la izquierda. En el centro del pecho, y el ladrón ya esperaba que no fuera letal del todo cuando, de repente, apareció un movimiento difuso. Una mano blanca como la leche, con un loto en la palma, se formó frente al Tianxi y se convirtió en una lluvia de fragmentos de porcelana tintineante que interceptaron la bala. Un latido más tarde, el hombre estaba en el tejado, con la espada en mano, y Tristan frunció el ceño.

Si esa no era una estudiante de Skiritai, se comería su sombrero. Era momento de correr, con contrato de rastreo o sin él. El probable Muchen lanzó una mirada rápida a su camarada inconsciente y frunció el ceño.

—Tendré que incapacitarte por eso—dijo con calma.

Tristán dio un paso atrás, tensando los hombros y poniendo miedo en su rostro.

—Por favor, no—suplicó, lanzando la pistola a los pies del hombre—. Me rindo.

Gritos abajo, los demás de la conjura alcanzando el lugar, y Tristán dio otro paso atrás mientras el espadachín Tianxi sonreía con ambigüedad. Giró su torso de modo que su capa se deslizará delante, ocultando sus manos.

—Un pie por un pie—dijo Muchen—. No tiene que ser doloroso.

Maldita sea, era difícil hacerlo a ciegas y no confiaba en la longitud.

—¿Aceptarías un soborno?—preguntó Tristán, jugando a ganar tiempo.

El Tianxi soltó una carcajada.

—Eres valioso, y no tendremos que tocar los fondos de la brigada este año—respondió Muchen—. ¿Crees que los guardias dejarán que me quede de brazos cruzados?

Una quemadura en sus dedos le indicó al ladrón que era ahora o nunca; con la cara retorcida por un dolor que el Tianxi confundió con miedo,

—Quizá no—admitió Tristán.

Pero la granada robada que había encendido bajo su capa quizá sí, así que la lanzó a los pies del otro hombre. Solo un error absurdo estaba ya en movimiento, con la hoja de su espada a punto de lanzarla de vuelta en su dirección; Tristan confiaba en la suerte.

El sonido de la cuenta regresiva empezó en su cabeza.

Todo sucedió tan rápido que apenas pudo seguirlo. Una chispa saltó del extremo de la mecha y prendió en la parte inferior, extendiendo el fuego, y justo cuando Muchen comenzaba a lanzar la granada, explotó. No con pólvora, sino con estruendo y luz cegadora, como fuegos artificiales, y el Tianxi gritó de dolor. Tristán soltó la suerte, abriendo los ojos que había cerrado y encontrándose en la oscuridad total. ¿Lo había cegado? No, la luz pálida de arriba se había detenido simplemente. Demasiado extraño para que esa fuera toda la suerte, pensó, como si hubiera utilizado la distracción para dañar a alguien más o menos.

Desde debajo de sus botas empezó a crujir la piedra.

—Maldita sea—dijo Tristán, sintiendo el dolor y cayendo al suelo.

—

Caer a través del techo fue bastante duro para sus piernas, pero entonces el suelo cedió también y todo se convirtió en un desastre.

Tristán rodó con un quejido, palpando sus extremidades. Se alegró de que nada estuviera roto, aunque su pierna izquierda dolía como el infierno y su pecho estaba lleno de moretones—algunas piedras sueltas habían caído con él, afortunadamente ninguna tan grande como para romperle el esternón. A la fuerza de su dolor, el ladrón se obligó a moverse, sin saber si el Skiritai había caído

con él o no.

Era oscuro en este sótano presunto y no podía ver el firmamento por encima. Sintió un destello de miedo ante la idea de que el colapso hubiera sellado la casa sobre su cabeza, pero todavía era demasiado pronto para sucumbir al pánico. Aunque le disgustaba quemar aire, necesitaba ver, así que metió la mano en sus bolsillos y sacó los fósforos. Encendió uno, intentando captar todo su entorno antes de que se apagase.

Piedras sueltas y escombros por doquier, en una habitación no mayor que un carruaje, sin rastro de Muchen. La buena noticia, eso. Lo malo, que sobre su cabeza parecía haber un techo de piedra sólida. Lo que significaba que no solo había caído, sino también a un lado—no lo sintió, pero las direcciones eran difíciles de distinguir al caer en la oscuridad. Quedaban cuatro fósforos. Encendió otro para tratar de determinar desde qué dirección había llegado, comprobando que a su izquierda había escombros densamente amontonados y a la derecha piedras sólidas.

Quedan tres partidas.

Maldecía mientras comenzaba a arrastrarse en ambas direcciones, aquellas que aún no había explorado. Ignorando el latido que pulsaba en sus heridas recientes, el ladrón tanteó la pared tras de él y confirmó que era de piedra sólida, aunque había una estructura metálica atornillada en ella. Los soportes de las antorchas, por su forma, se veían oxidados por el contacto con el metal. Un callejón sin salida. Con sólo el lado izquierdo, intentó la pared adyacente y encontró más mampostería. Su estómago se contrajo de inquietud.

¿Estaba enterrado vivo? No, aún podía intentar abrirse camino a través de los escombros. Era un riesgo de deslizamiento en una habitación tan pequeña que sería imposible que lograra apartarse. Pero, ¿existía acaso otra opción? No podía simplemente quedarse allí, agotando - ¿el aire? La chaqueta y el manto eran tan gruesos que no había sentido su respiración. Con las manos temblorosas, tanteó la mampostería hasta encontrar una reja de metal. Sin dudarlo, Tristan encendió una cerilla.

Quedaban dos.

Una reja oxidada, apenas sujeta por sus bisagras, bloqueaba el acceso a lo que parecía una especie de túnel de alcantarilla seca, cubriendo la entrada a un pasadizo estrecho y bajo. Lo bastante grande para que él pudiera atravesarlo, aunque con dificultad. Cuando la cerilla se apagó, el ladrón reguló su respiración y tranquilizó su mente. No llevaba sus herramientas consigo, pero aquella reja parecía estar en sus últimas. Envuelto en su manto, apretó los dedos alrededor del hierro y tiró con esfuerzo hasta que una de las bisagras cedió. Rompió todas las que pudo, y aunque una resistió sus mejores esfuerzos, aún logró abrir la reja con ayuda de palanca.

Entró en el túnel, arrastrándose con el vientre, mientras extendía las manos adelante para tantear en la oscuridad. En el fondo había suciedad seca, tan asentada que parecía más tierra que otra cosa, y cuando Tristan encontró el primer mechón de maleza, su emoción creció. La maleza no crecía de la nada, el viento llevaba semillas. Debía estar cerca de una salida. Unos segundos después llegó a una encrucijada: izquierda, derecha, adelante o atrás por donde había venido. De mala gana, el ladrón encendió otra cerilla.

Quedaba una.

Sólo alcanzó a ver con muy poca claridad, pues la brisa que provenía de adelante apagó la llama antes de que pudiera captar mucho. Tristan se detuvo, esperando la risa de Fortuna, aunque una sensación de alivio lo invadió por haber conseguido la respuesta, pero no ocurrió nada.

—¿Estás aquí? —susurró.

Un largo silencio.

—El rojo es el color menos a la moda —intentó.

El silencio persistió, agobiando su garganta, y Tristan se obligó a tragar. Fortuna no estaba allí, pero ¿por qué? No había sentido la misma suerte en ninguna otra parte como en El Dominio. ¿Sería algo sobre Tolomontera, un antiguo dispositivo Antediluviano que le impedía acudir a él? Ella volverá —se tranquilizó—. Solo necesita volver a las calles. Ignorando el sudor frío que le recorrió la espalda, el ladrón comenzó a avanzar de nuevo.

La oscuridad allá delante era tan profunda que solo la mano que percibía el vacío le avisaba de la caída.

Con cuidado, tanteó en mayor detalle, encontrando cada vez más vacío, hasta que se atrevió a asomar la cabeza y mirar alrededor. Sobre él, había otra reja, con cuadrados gruesos lo suficientemente grandes para atravesar una mano, y pese a ello distinguió leves destellos de luz. Un camino hacia arriba, pensó con alivio. Ahora, el problema era cómo llegar allí. La exploración adicional le permitió deducir que se encontraba en el borde de una caída vertiginosa, frente a un túnel idéntico que atravesaba la brecha.

La caída y el conducto que ascendía hacia la reja parecían más anchos que el túnel en el que se encontraba, aunque no tanto como para no quedar algo apretado. Podría aprovecharse de la inclinación para subir allí, si actuaba con cautela. Solo en caso de resbalar, no tenía idea de la altura de la caída; tal vez sería su fin. El ratón extendió la mano hacia su cuchillo.

“Rey de los ratones,” susurró, rezando desde la calle. “Príncipe de las sobras y las escarbadadas, de las cunetas ennegrecidas y sucias, que hoy me bending”. Ellos son grandes y yo pequeño, así que ayúdame a escapar en esta ocasión.

Tristán bajó la manga y se cortó en el antebrazo, limpiando la hoja húmeda contra el borde de la caída. No sintió calor ni peso, pero nunca lo había hecho; esa no era forma en que el Rey de los ratones trabajaba. Además, estaba lejos de Sacromonte, demasiado lejos para que el dios pudiese tenderle una mano. Lo había hecho para endurecerse ante el riesgo, tanto como para buscar ayuda, admitía para sí mismo. Guardando el cuchillo, el ratón empezó a trabajar.

Se deslizó, apoyando un pie en el borde de ambos túneles, y desde allí comenzó a subir. Su cuerpo le dolía, los golpes y moretones le martilleaban, pero mordió la lengua y continuó: con los pies en una pared, la espalda en la otra, empujándose lentamente pero sin detenerse. Sudando y adolorido, avanzó centímetro a centímetro hasta estar a un alcance de brazo de la reja superior.

Extendió la mano para agarrarla, maldiciendo al ver que la rejilla de hierro podía desplazarse, pero una gran cerradura impidió que se moviera.

Los músculos de su espalda temblando, Tristán introdujo una mano por la reja. Las luces arriba estaban extrañamente tenues, así que apenas distinguía lo que hacía, pero palpó cuidadosamente la cerradura. Era una simple cerradura de llave, mal hecha, con un trabajo deficientemente elaborado. El metal era más blando que el hierro. ¿Cobre, quizás? La abertura para la llave era ancha, y según lo poco que alcanzaban sus dedos, el interior de la cerradura era del mismo metal que el exterior.

La presión sobre sus rodillas aumentaba, el temblor en sus manos se intensificaba a medida que se cansaba, pero Tristan forzó su respiración para mantenerla constante. Sus palmas estaban secas, sus ojos abiertos, y se preparó para sacar su cuchillo. Introdujo la mano armada por la reja, ajustando el ángulo lo mejor que pudo, e introdujo la punta en la cerradura. La llave era lo suficientemente grande para que la hoja entrara, pero no podía simplemente empujarla y girar; eso haría que se rompiera, ya fuera de acero o de otro material.

Palpó el interior con la hoja, buscando el ángulo correcto, y empezó a moverla suavemente. Las cerraduras deficientes usaban dientes simples, rara vez más de dos perchuelas, así que, si lograba el ángulo justo... Un clic audible para Tristan. Ahora debía encontrar otro, pero las piernas le temblaban, haciendo que su mano fuera inestable. Conteniendo la respiración para no perder el sonido, volvió a mover la hoja y - uno, dos. Tristan giró la hoja.

Solo para que su bota resbalara, convirtiendo un movimiento suave en un chasquido. Casi gritó de frustración al sentir que la hoja de su cuchillo se rompía, mordiendo su labio hasta hacerle sangrar para no hacer ruido mientras colocaba su pie en su lugar. Guardando los restos de la hoja, extendió la mano hacia la cerradura y - ¿suelta? Inhaló profundamente, tiró del grillete y cedió. ¡Manos, había logrado abrirla justo antes de que se rompiera!

Se deslizó el cerrojo, luego empujó la reja con la mayor tranquilidad posible y se arrastró hasta la calle. Acostado sobre su vientre, con cada extremidad adolorida y empapado en sudor, Tristan apoyó su rostro contra la fría piedra y ni siquiera le importó ensuciar su mejilla con tierra.

Se quedó allí respirando en la oscuridad durante un largo momento, con los ojos cerrados pero atento a los sonidos del entorno. No sabía qué había ocurrido con el Cuarenta y Nueve, pero dudaba que la caída de la casa fuera suficiente para acabar con todos ellos. Si Muchen había muerto, ¿sería responsable según las reglas de Scholomance? No estaba seguro, pero seguramente el hecho de que hubieran sido los que lo habían perseguido servía de algo. Exhalando con esfuerzo, el ladrón se obligó a ponerse de rodillas mientras su capa caía a su alrededor como cortinas.

Al levantar la vista hacia las luces, fue cuando se dio cuenta de que estaba en problemas: aquello no era el Gran Orrery.

O, más bien, sí lo era, pero las estrellas falsas no tenían nada que ver con las que él conocía. Carecían de color, eran pálidas y veladas, y solo proyectaban un tenue resplandor sobre Tolomontera. Como una linterna cubierta con un paño. Con los dedos apretados en el paño, Tristan

observó alrededor de lo que había pensado que era una calle, pero que en realidad no lo era: estaba en un tejado plano, rodeado por lo que debía ser un centenar de otros iguales, y desde el ángulo del horizonte en la distancia, debía tener al menos tres pisos de altura.

La ciudad a su alrededor era Port Allazei, pero no parecía la misma. No había faroles de resplandor, solo antorchas, y los edificios no parecían tan desgastados—ni abandonados. La gente aún vivía allí, y creía escuchar los ruidos de una ciudad dormida en el viento. La histeria asomó, pero Tristan la dominó. Quizá había atravesado alguna tormenta de Gloam tras caer en el sótano de la casa, pero también podía ser un sueño, algo irreal.

La áspera piedra del tejado se sentía real bajo su mano, pero sería así si esto fuera un sueño. Debía creer en eso.

“Primero el borde de esto... lo que sea que sea esto,” murmuró para sí. “Luego decidir si todo vale la pena por lo que gritar.”

El silencio de Fortuna solo profundizaba las sombras de la noche.

Moverse por los tejados no resultaba difícil. La altura de los techos era irregular, pero todos tenían formas rectangulares, así que siempre había una vía para avanzar si giraba en torno a ellos. Como escaleras de gigantes, parecían. Las luces del Orrery arriba estaban tan tenues que le costaba orientarse, pero las de la ciudad funcionaban como su norte en la brújula. Debió haber comenzado cerca del centro, y solo unos minutos en el largo pero laborioso recorrido le hicieron detenerse.

Había una pequeña casa.

Tristan había comprendido más o menos la forma de lo que pisaba. La configuración general debía ser un cubo hecho de rectángulos apilados, pequeñas casas unas sobre otras en varias plantas, como si un dios infantil hubiera estado jugando. La encajadura no era perfecta, con techos de diferentes alturas y algunos espacios entre las “casas” formando agujeros, pero creía haberlo entendido. Solo que ahora, en medio de aquel paisaje de techos, había un cuenco con una cabaña en su interior.

Y no era pequeña, ni la cabaña ni el cuenco. Este último tal vez tenía un metro de profundidad y era tan grande como una plaza del pueblo, pero sobre los techos se había hecho un jardín: césped verde rodeado por campos de flores en púrpura, azul y rojo, cuyas tonalidades se entrelazaban con tanta destreza que apenas podía distinguir dónde terminaba una y empezaba otra. Un pequeño sendero de piedra conducía a una casita de ladrillos ordenada, de al menos dos pisos, con una pequeña torreta en un lado que elevaba aún más su altura.

Esa torreta albergaba un veleta que Tristan estaba casi completamente seguro de que no se movía según el viento.

Eso olía a peligro para él, pero también a respuestas. Y ya fuera un sueño o su expulsión de su propia vida, las respuestas eran lo que más necesitaba. El ladrón se deslizó suavemente hacia el jardín, aterrizando en la hierba sin hacer ruido, y se acercó sigilosamente a la cabaña. Había grandes ventanas curvadas que daban al jardín — de cristal, ¡y del transparente! — así que rodeó

la estructura, pasando junto a la puerta, y observó las paredes de adoquines. Las piedras eran lisas, pero quizás podría trepar y entrar por la torreta.

Entonces, la puerta se abrió.

Tristan se escondió en un arbusto, pero no había nadie en la puerta y ésta permaneció abierta. Las suaves luces del interior iluminaban la entrada. Mierda. Bien, esto era una casa de una bruja de las Gloam, y lo habían sorprendido merodeando. Tragándose el temor, Tristan se enderezó y salió de los arbustos. Lo mejor era fingir que siempre había tenido intención de entrar por la parte principal. Regresó al sendero de piedra, alcanzó el umbral — donde había un tapete de paja que se encargó de limpiar meticulosamente con sus botas — y entró en la guarida del diablo.

Lo primero que notó fue lo lujosamente decorada que estaba la cabaña. Muebles finos de madera pulida, pero también sillas acolchadas de cobre ornamentado, espejos de plata, e incluso una estantería que soportaba con despreocupación una fortuna en libros de piel de colores. Por todas partes parecían abundar objetos singulares, algunos valiosos como una caja de música de marfil, pero otros tan comunes como flores secas y un búho montado de mala gana.

Las luces del interior eran suaves y cálidas, emanadas de velas colocadas en copas, y en el momento en que Tristan cruzó la puerta, ésta se cerró tras él.

No hizo falta que preguntara adónde debía ir, ya que más allá de la entrada había una sala de estar junto a esas altas ventanas que había visto antes, y en la mesa un hombre se sentaba con un pote de té. Y dos tazas. El extraño todavía no le dirigía la vista, así que Tristan se tomó su tiempo para estudiarlo: estatura media, cabello oscuro y un aura de suavidad en él. Blindado por una palidez que debía indicar que era un hollow o, quizás, pariente del pueblo de Maryam.

“Ven y siéntate, joven,” dijo el extraño. “Ha pasado demasiado tiempo desde que tuve un huésped.”

La voz del hombre era suave y profunda, casi musical, y los hombros de Tristan se relajaron levemente. No por la voz, sino porque incluso los hollows no acostumbra a poner las manos sobre un invitado sin una buena razón. Ser considerado huésped, por mínimo que fuera, era una garantía de seguridad.

Silencioso, el Sacromontano se desplazó con pasos suaves sobre la alfombra gruesa hasta situarse en una butaca acolchada que enfrentaba al otro hombre. Finalmente, al mirarlo, los ojos de Tristan recorrieron un rostro largo y una nariz recta sobresaliente por una protuberancia. Rasgos típicos de los isleños del Trebia. Y, sin duda, debía ser un hollow; si no, ¿por qué vivir en una casa sin las luces brillar?

La butaca, para su incomodidad, era casi excesivamente cómoda. No sabía qué contenían esas almohadillas, pero seguramente no era paja.

“Pareces tímido, para alguien que ha recorrido senderos tan audaces,” dijo el hombre. “¿Puedo saber tu nombre?”

“Tristán,” respondió el ladrón, reacio a dar más detalles. “Y debo confesar que no vine aquí por voluntad propia.”

El otro hizo un sonoro susurro.

“Quizá no por tu propósito,” dijo. “Pero tienes uno, sin duda alguna.”

Tristán frunció el ceño mirándolo.

—¿Por casualidad eres un sacerdote?

Una carcajada suave, casi complaciente.

—Habrá una vez —acordó el hombre—. Me he apartado de la vida, aunque no tan completamente como pensé, si puedes descubrir quién soy tan fácilmente.

Hizo una pausa, sonriendo con unos dientes perlados y perfectos en un destello.

—Llámame Sakkas, Tristan —dijo—. ¿Quieres una taza de té?

El ladrón consideró la expresión, luego se inclinó hacia adelante.

—¿El té está envenenado, Sakkas? —preguntó cortésmente Tristan.

El rostro oscurecido y de cabello oscuro soltó una carcajada, sin ninguna ofensa.

—Querido muchacho —dijo—. Estás a solo una hora a pie del palacio de verano del Lumbrera. ¿En qué mundo necesitaría envenenarte?

Tristan esbozó una sonrisa, como si supiera que en realidad tenía a la vista al mismísimo Rey del Infierno. Sakkas no parecía decir una mentira, sino más bien afirmar una verdad simple y conocida. Lo que más asustó al ladrón fue que creyó en el sacerdote. Así que tragó saliva, asintió y dejó que el oscuro vertiera té fragante y oscuro en una taza de cerámica agrietada. Sakkas le animó a probarlo, y lo hizo.

Había preparado una sonrisa falsa, pero para su sorpresa, el té resultó ser realmente delicioso. Nada comparable con las hojas de Tianxi y Someshwari que conocía — tenía un sabor afrutado y dulce, sin ser empalagoso.

—Es muy bueno —admitió.

Sakkas sonrió radiante.

—Fresas, joven —dijo—. El secreto son las fresas. Preparo mermelada con las que crecen en mi jardín.

Tristan tomó otro sorbo, imitado por el otro en la mesa, y luego dejó la taza en un platito.

—Gracias por el té —dijo.

—De nada —respondió Sakkas con facilidad—. Aunque, como mencionaste antes, tienes un propósito aún desconocido, supongo que tienes algunas preguntas para mí.

—Por supuesto, si me lo permites —comentó lentamente Tristan.

No había dado su nombre completo a propósito, y aunque el hombre no parecía una manifestación divina en forma humana, no preguntaría cosas si no estuvieran dispuestas a intercambios por favores.

—Me gusta un buen enigma —dijo amablemente el sacerdote—. Pregunta sin temor.

El ladrón vaciló, pero finalmente decidió afrontar el asunto.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—Esta es la ciudad de Allazei —dijo Sakkas—. Antiguamente la capital de un reino de cierta importancia, hoy la sede de una empresa infernal.

El Príncipe de las Mentiras. Quizá ese fuera el hilo que debía seguir para desentrañar la verdad sobre su ubicación.

—¿Y qué —preguntó Tristan— sería esa empresa?

—Eso depende, supongo, de quién lo pregunte —reflexionó el sacerdote—. Los príncipes herejes dirían que la isla de Solomontera es donde se fundará un gran imperio, pues allí también levantamos el palacio monstruoso que será su trono de poder.

Solomontera, anotó el ladrón, y no Tolomontera. Sakkas no parecía el tipo de hombre que cometiera errores al hablar, así que debe ser otro nombre para la isla. ¿Quizá un nombre antiguo?

—Pero tú no crees en eso, ¿verdad? —dijo Tristan.

Estaba seguro de ello. La manera cortés y condescendiente en que el hombre habló era en realidad una forma de desprecio velado.

—¿Que las fraguas del Infierno escupirán una marea interminable de demonios, que atravesarán el mundo como vanguardia de nuestra especie? —Sakkas soltó una carcajada—. Difícilmente. La naturaleza de la Estrella del Alba no es levantar tronos, sino derribarlos.

—¿Entonces, qué es lo que busca?—preguntó, señalando alrededor.

—Como arzobispo de la Casa Sin Luz, supongo que debería decirte que los planes del Iluminador tienen poca importancia, pues no importa en quién sirvamos; nuestra labor es sagrada, y en apagar las luces, pondremos fin a la Tiranía de los Límites y liberaremos todas las almas del cautiverio—, afirmó el calvo de cabellera oscura. —Es nuestro deber sagrado.

Tristán permaneció completamente inmóvil. Había oído hablar de la Casa Sin Luz antes, como todos los lierganenos. La Traición del Decimotercero, el culto que durante décadas, quizás incluso siglos, había corroído las entrañas del Segundo Imperio — y que finalmente llevó a su caída a manos del último emperador. Ningún culto hollow era tan temido ni odiado en el Mar Trebiano, ni siquiera siglos después de que la Guardia Los hablara exterminado a los últimos miembros. Y ahora, se encontraba sentado frente a un arzobispo de su especie, uno de sus grandes sacerdotes guerreros.

Se obligó a no tragar saliva, pero en los ojos castaños del otro había un destello de complicidad.

—Tampoco parece creerlo tú—, afirmó Tristan, insistiendo en la conversación.

—Soy un anciano, Tristan—, respondió Sakkas.

—No aparentas esa edad—.

Era difícil precisar, dada la suavidad de su aspecto, pero el ladrón habría apostado a que no superaba los treinta años.

—Aparento lo que me plazca—, descartó el arzobispo—. La maestría sobre la carne es uno de los misterios menores. Basta decir que fui joven cuando esta ciudad aún era joven, y ya no lo es.

—¿Y eso qué significa?—preguntó Tristan.

—Significa que sé cómo es, cuando alguien se sienta junto a una ventana, esperando la muerte. Y eso es exactamente lo que hace el Iluminador, observar cómo todos nosotros discutimos a su pies—, dijo Sakkas—, príncipes trazando reinos en mapas de tierras en las que nunca han puesto un pie, los discípulos de Origen clamando por la guerra santa, y los demonios intentando conformarse en una corte como un rompecabezas donde cada pieza muere.

El hombre de cabello oscuro negó con la cabeza.

—No puedo decir qué pretende, pero la Aurora perdió todo interés en Solomontera una vez que colocaron la última piedra de su palacio—, afirmó el sacerdote—. Sabe que la Guardia Los ha llamado a las grandes potencias, que movilizan un ejército para exterminarnos a todos, y aún así, solo espera.

Sakkas podría tener razón, pensó Tristan. Aún no sabía si aquello era un sueño o no, pero si aquella visión del pasado era cierta, entonces la isla realmente había quedado en manos de la Guardia Los. Un cambio que el ladrón dudaba que hubiera ocurrido de forma pacífica.

—¿Entonces, por qué quedarse aquí?—preguntó Tristan—. Agarra un navío y vámonos.

—Es una enfermedad luminosa, el temor a la impermanencia—, explicó Sakkas amablemente—. Creas límites entre el “antes” y el “después” que no existen, encuentras pérdida en lo indivisible. ¿Acaso el agua teme convertirse en nieve?

Podría ser, musitó Tristan, si pudiera pensar en todo ello. Las almas estaban destinadas a permanecer en el Círculo Perpetuo, girando y girando hasta convertirse en dioses; pero la muerte seguía siendo una pérdida. No conservas nada de lo que fuiste una vez que vuelves al Círculo. Quedas desnudo de todo aquello que pudo haber importado, despojado de tus ataduras. La muerte era algo que temer, pero esa no era la forma en que pensaban los hollows.

No veían la muerte como un fin, por eso parecían tan impredecibles en su violencia: las apuestas con las que jugaban simplemente no eran las mismas que las de los demás.

—Así que te encuentras aquí, junto a tu ventana —dijo el ladrón—, tomando té y esperando que la marea avance.

—Así es —asintió Sakkas con tranquilidad—. Sin embargo, creo que ya hemos hablado bastante de mí. ¿Qué te trae a estas costas, Tristan?

—Estoy perdido —admitió—, y muy lejos de casa.

—Nadie está realmente perdido —rió el sacerdote—. No existen caminos correctos o incorrectos; siempre estás donde debes estar.

—Ni siquiera estoy seguro de que sea en el momento en que debería ser —respondió Tristan con sequedad—. Mucho de esto me resulta extraño.

Había pronunciado las palabras con aparente soltura, pero mantenía una mirada cautelosa en el rostro del otro hombre. ¿Qué pensaría? ¿Cómo reaccionaría? La respuesta, benignamente amuse, salvo que el sacerdote fuera mejor actuando que Tristan en detectar emociones.

—El tiempo es, en gran parte, una mentira —le aseguró Sakkas—. No te preocupes demasiado por ello.

Esto no era muy diferente, meditaba el Sacromontano, de ser reconfortado por una shark. La intención estaba allí, pero sus dientes seguían siendo igualmente sangrientos.

—Tu tipo de nihilismo resulta muy tranquilizador —decidió el ladrón.

—Y tu escepticismo es muy afable —lo alabó Sakkas—. Es fundamental entender que el conocimiento no es hierro, sino una caña: respira, se transforma, se flexiona. Una mente de hierro está destinada a romperse.

Tristan bebió el último sorbo de su taza justo cuando el primer trueno resonó. Sin prisa, Sakkas se levantó, abrió una ventana y, en el cielo lejano, vieron parpadeantes luces. No la del Orrey, sino faroles de resplandor contra las nubes. Barcos, pensó Tristan, llegando al puerto. Y se habían anunciado con cañones, por lo que no venían en paz. Es hora de irse —decidió el ladrón.

—Ha sido una experiencia interesante —dijo Tristan con honestidad, dejando su taza—. Pero debo partir. Temó las consecuencias de quedarme aquí.

El sacerdote sonrió, apoyándose en los codos, como si disfrutara del espectáculo de su inminente destino.

—Finalmente, creo que la marea ha llegado —dijo Sakkas—. Luego agitó la cabeza como si saliera de un ensueño.

Volvió la vista hacia Tristan.

—Debería entregarte un regalo en recuerdo de nuestro encuentro. No creo que haya otro.

Tristan se quedó quieto.

—No hace falta —dijo—.

—Esto fue preparado mucho antes de que llegaras —respondió el arzobispo con facilidad—. Aquí yace un misterio, una línea en la arena: nadie puede hallar esta casa sin haberla pisado previamente.

Sakkas se encogió de hombros con languidez.

—No estás perdido, Tristan —dijo—. El hogar está donde tú decidas que esté.

El ladrón vaciló. Era una locura preguntar, pero la curiosidad ardía con intensidad.

—¿Qué harás? —preguntó, lamiéndose los labios.

Sakkas sonrió, con una expresión de abuelo a pesar de su aparente juventud.

—Soy el último arzobispo de la Casa Sin Sol, muchacho —dijo—. He bebido de la ley primordial y la he hecho parte de mí, cantando las palabras que se devoran a sí mismas.

El aire vibró como si el mismo mundo temblara ante lo que se había pronunciado, y Tristan sintió que no podía apartar la mirada de los oscuros ojos de Sakkas. Eran pozos profundos, interminables y fríos, lentos, como solo algo más allá del tiempo podría ser.

—Si la Guardia llega a mi puerta, les ayudaré a recordar por qué deben temer a la oscuridad.

Tristan se obligó a mantenerse quieto, sin correr hacia la puerta, aunque esta era estrecha.

--

El jardín ahora parecía siniestro, los rojos más profundos y los púrpuras venenosos mientras él caminaba apresurado por el sendero.

Debería haber una forma de bajar de este lugar, pensó Tristan al encontrar un borde más bajo en la hendidura donde estaba escondida la cabaña. En su prisa, juzgó mal una piedra, y cuando apoyó su peso para impulsarse hacia arriba, esta cedió, lanzando una nube de mortero en polvo. Con un gruñido, el ladrón cayó de nuevo sobre la hierba, cubriéndose el rostro con las manos para que la

piedra no le diera en la cara. Sin embargo, al levantarse con un gemido, la hierba bajo sus pies se sentía más áspera.

Tal como debía ser, pues ya no se encontraba en aquel jardín oculto.

A su alrededor, yacían ruinas, casas y calles desgarradas semejantes a Port Allazei, aquel que él conocía. La emoción creciendo, Tristan miró hacia arriba y, finalmente, exhaló con alivio: la óleofera que veía era la que reconocía, esas falsas estrellas de colores. Dios, nunca pensó que se sentiría contento ante esa visión inquietante. Entonces, ¿qué había ocurrido? ¿Alguno de aquello era real, o todo era una especie de ilusión de Gloam? Tristan se levantó y tanteó en busca de su cuchillo, pero se dio cuenta de que faltaba.

Quizá lo perdió al caer a través del techo, y aunque era extraño, ahora no estaba cerca de ese lugar. Solo cuando rebusqué en los fósforos encontró una respuesta definitiva: solo quedaba uno, como en ese sueño que en realidad no había sido un sueño.

El ladrón tragó saliva nervioso, pues ese tipo de cosas estaban fuera de su comprensión. Necesitaba encontrar a Maryam cuanto antes y averiguar cuánto tiempo había pasado, recordando el reloj de Vanesa. Sacó el reloj, y vio que había pasado una hora más o menos desde que salió del Viejo Teatro. Más o menos el mismo tiempo que habría transcurrido si nunca hubiera estado en... otro lugar.

¿Pero cómo funcionaba? ¿Había... no, pensó, sacudiendo la cabeza. Intentar adivinar sin tener una base en el asunto era simplemente agitar el aire. Primero buscaría a Maryam, y luego podría entrar en pánico. El ladrón encontró una casa colapsada que facilitaba su ascenso y se subió al tejado de azulejos, desde donde detectó la dirección en la que se encontraban las luces de Port Allazei — directamente adelante— y desde su posición, incluso podía ver que parecía haberse atracado un barco nuevo, alto y delgado, con sus velas arriadas mientras los trabajadores descargaban sus contenidos a la luz de las linternas.

Tristan se dirigió directamente hacia allí, acelerando el paso al entrar en un tramo de luz pálida.

Mantecía una vigilante mirada por si encontraba lemures, pues ya estaba lo suficientemente cansado como para volverse descuidado, y se sintió aliviado al ver, al final de la calle, una patrulla de capas negras. Ocho de ellos, liderados por una alta mujer someshwari con rayas de teniente en el cuello de su uniforme. Tristan apuró su paso, pero a mitad de camino, sus pasos se desaceleraron. Ellos lo habían visto, pero en lugar de un saludo o una broma, lo que vio fue a los agentes extendiéndose en línea con sus mosquetes en alto. Un segundo después, comprendió por qué.

Entre ellos, en el centro de la calle, atravesando las casas, había una línea pintada de rojo. Algo le decía que no era él quien se encontraba del lado correcto de esa línea.

“Manes”, murmuró entre dientes, luego aclaró la garganta y llamó. “Disculpe, teniente, no crucé la línea a propósito. Me atraparon en...”

“Manos donde podamos verlas,” ordenó severamente el teniente Someshwari. “Ahora.”

Con una mueca, Tristan obedeció. ¿Cómo podría salvarse de esto con palabras? No parecían demasiado dispuestos a dispararle, pero tampoco mostraban una resistencia inequívoca.

“No hagas movimientos bruscos,” gruñó uno de los hombres.

“Eso no ocupa ni un segundo de mi preocupación,” le garantizó Tristan.

Ni un solo atisbo de diversión cruzó el rostro de ninguno de ellos, todos manteniendo las armas apuntando con firmeza y sin vacilar.

“¿Tienes una placa?” preguntó el teniente.

“Sí, la tengo,” respondió el ladrón, con la esperanza de que hubiera llegado al final del canal. “Banda del Trdece. Mi nombre es...”

“ Sáquela,” interrumpió el teniente. “Lentamente, con las manos desnudas.”

Manos desnudas. ¿Había algo inusual en la confección de la placa, entonces? Tristan metió cuidadosamente la mano en su capa, sacando el sello de plata redondo y sosteniéndolo a la luz de la linterna.

“¿Y ahora?” preguntó.

“Ahora esperamos,” dijo el teniente. “¿Soggy?”

“Contando, señor,” respondió.

El que habló fue un alto malani en la parte de atrás, que ahora observaba un reloj de bolsillo de latón abierto. Pasó un largo momento en silencio, con las armas todavía apuntándole y sin vacilar, y Tristan mordió su mejilla por dentro al darse cuenta de que debería haber empezado a contar desde el momento en que vio a Soggy mirando su reloj. Comenzó tarde, llegando a los treinta y cuatro segundos antes de que el malani cerrara su reloj.

“Manos, muchacho,” dijo el teniente. “Muéstranoslas.”

Tristan levantó las manos, sin aún guardar el sello, y finalmente la tensión se alivió. Las armas bajaron, varias respiraron con alivio.

“Felicidades,” dijo la guardaborda. “No estás siendo poseído por un mara.”

“Poseído,” repitió Tristan. “¿Como si estuviera poseído?”

“Si tienes suerte,” respondió sombríamente el que llamaban Soggy. “Pero no ardes en la prueba de Judas, así que tu alma está limpia. ¿En qué capa terminaste?”

Tristan se atragantó. Podía adivinar qué era esa ‘capa’, pero la implicación lo sorprendió.

“¿Hay más de una?”

“Soggy,” interrumpió el teniente con firmeza. “Cierra la boca. Y tú, muchacho-”

“Tristan Abrascal, tía,” proporcionó el ladrón.

Esta vez ella le permitió terminar, asintiendo.

“Tristán,” dijo. “¿Cómo eran tus alrededores?”

“La Orrery estaba oscurecida,” afirmó, “y había faroles en la ciudad.”

“Segunda capa,” dijo de inmediato. “La tuya fue solo una inmersión superficial, deberías estar bien. De todas formas, mejor que te revise un Navegante si puedes; conviene ser cauteloso.”

“¿Una inmersión en qué, teniente?” insistió.

Ella frunció el ceño, como molesta por la pregunta, pero sin negar que tenía derecho a hacerla.

“Tolomontera se encuentra sobre uno de los mayores pozos de éter en Vesper,” finalizó. “Todo ese éter libre, significa que si se libera suficiente contaminación en poco tiempo, dejará una marca en la estructura local, en una capa. Tú entraste en lo que llamamos la Hora de las Brujas.”

Tristan recordó lo que Tredegar le había contado sobre la confesión de Brun, acerca de cómo su pequeño dios amaba sobre todas las cosas el sabor explosivo del éter cuando morían los hombres. Y así supo de dónde provenía la contaminación de esa Hora de las Brujas.

“Es del día en que la Guardia tomó esta isla,” dijo él.

Recibió una mirada severa.

“Niño inteligente,” dijo el teniente, aunque no parecía hacerle un cumplido. “Esta vez te salvaste de un final terrible, Tristan Abrascal, pero no cuentes con que volverá a ocurrir si vuelves a lo mismo.”

Ella se inclinó más cerca.

“Si la mara allí no te atrapa, una bala perdida será quien te acabe.”

Él quedó quieto ante esa revelación y ella sonrió con malicia.

¿Pensabas que no podías morir allí? El éter es tan real como tú, chico; una sola detonación en la cabeza y te dejará completamente muerto.

Ella hizo señas para que ‘Soggy’ se acercara, ordenándole que revisara la placa y marcara el número para que su padrino pudiera ser informado de que había salido de los límites – aunque parecía creerle cuando él le dijo que fue totalmente involuntario.

“Bienvenido a Scholomance, Tristan Abrascal,” dijo la vigilante después, apoyándole una mano en el hombro. “Será mejor que tengas más cuidado con dónde pones los pies, si quieres sobrevivir al

año.”